**Acerca de tres textos sobre Alcides Martínez Portillo**

Conocí a Alcides brevemente en 1995, en los días en que lanzaba con varios colaboradores su proyecto sobre John Cagge y Conchita López, pero no fue sino hasta el año siguiente que comenzamos a trabar amistad, cuando ambos trabajamos en el Departamento de Artes Plásticas de la Dirección Nacional de Cultura. Su encanto como narrador oral, las coloridas historias de su vida, su amplia cultura y su fascinación por las posibilidades creativas de Internet, que él extendía hasta horizontes filosóficos y místicos, me cautivaron de inmediato. Durante aquellos últimos años del primer milenio estuve sentado muchas horas junto a él frente a la pantalla de su computadora mientras lo miraba trabajar, observando su divertida manipulación de las imágenes y su fluido despliegue de recursos y conocimientos técnicos. Mientras trabajaba, lo oía entretejer los comentarios estéticos que le provocaba el resultado de cada procedimiento con la exposición de sus ideas sobre el mundo virtual de Internet, el relato de sus experiencias como uno de los pioneros en la producción de arte en el ámbito de la tecnología informática y las reflexiones que le producían sus lecturas de Baudelaire, Borges o Beckett (para nombrar solo a algunos de los escritores que inspiraron mucho del espíritu con el que Alcides acometió sus proyectos). Un resultado muy sintético de esas conversaciones fue “Un pez en el laberinto”, la entrevista que le hice para el semanario *Brecha* en el año 1999.

Alcides era una figura con múltiples facetas de sensibilidad y conocimiento, un artista en el sentido totalizador de la palabra cuya vida cotidiana estaba signada, con humor y pasión, por una búsqueda constante y una continua reflexión. A él le debo, por supuesto, comenzar a conocer los entretelones de la práctica conceptual en el entorno virtual de los nuevos medios, y también el impulso para acceder a otros artistas y teóricos de la red que por entonces parecían confabulados en una gran revolución global. Como Alcides, todos vibraban de un idealismo rebelde y transgresor que creía haber encontrado en el ciberespacio una dimensión de libertad.

Fue con ese impulso que me lancé a explorar los recovecos de Internet, en un intento por mapear y definir lo que estaba ocurriendo. El resultado fue “net.art / El último paso en la pérdida del «aura»”, publicado en *El País Cultural* en diciembre de 1999 con el poco imaginativo título de “Novedades en pantalla”. Entre otros ejemplos de cultores del net.art, el artículo le dedica dos párrafos a Alcides y a su colega Brian Mackern, los únicos artistas que en aquel momento, a mi entender, habían cortado el “ombligo del aura” por estas latitudes.

Pero si debo a Alcides el conocer un arte nuevo, sobre todo le debo haberlo conocido a él. Su amistad repartía en derredor vitalidad y una confianza contagiosa en aquello que nos mantenía unidos de la misma manera que su arte, sin un soporte material, sin un lugar, y a través del espacio virtual en todos los lugares, en cualquier parte del mundo. Por eso cuando llegó el nuevo milenio y pareció que todo se desmoronaba, cuando muchos marchamos al exilio y nos dispersamos por el mundo, solo las computadoras de los cibercafés, en ciudades remotas del planeta, nos trajeron los mensajes de Alcides, a su vez también lejos, desde otros cibercafés y otras ciudades remotas del planeta. Durante un tiempo esos mensajes fueron como una lucecita que recorría el mundo, país tras país, ciudad tras ciudad. Hasta que los mensajes dejaron de llegar. Pero la luz permaneció brillando, aún movediza, inquieta, itinerante dentro de nosotros, los que lo conocimos. Seres humanos como Alcides configuran estrellas muy raras, que solo cada tanto aparecen en la noche del tiempo. Y su presencia, que fue fugaz pero indeleble, dejó un ejemplo de salud creativa y de vitalidad con efecto residual, el de una personalidad lúdica que todavía nos empuja a vivir el placer de tomar riesgos. Es de esa última etapa de su vida, y de aquella etapa de mi exilio, que surgió “Alcides”, el poema en prosa de mi libro **El sur y el norte**, editado por Yaugurú en 2012.